

litud de que se la disputen á rabiarse tres galanes, entre los cuales se cuenta todo un rey de Castilla y futuro emperador de Alemania. Hernani sale de cañés con moños, pañuelo atado á la cabeza, y no sé por qué no saca patillas de boca de hacha y trabuco naranjero. ¡Ah! Se me olvidaba la característica mantilla blanca, de blonda, en que se envuelve D.^a Sol!

* *

A todo esto, el público encantado. A mi alrededor los espectadores se entusiasmaban, aplaudían — y no era *claque*. — El teatro, rebosando, á pesar de que, siendo las butacas de terciopelo, en esta época del año no se está ni medio á gusto en la «casa de Molière.» No es la primera vez que observo la benevolencia, el optimismo del público en Francia, y lo raro que es oír una palabra de desaprobación, sea contra el autor ó contra los actores. Cosa tanto más de notar, cuanto que el teatro aquí es caro, incómodo y difícil; si no se compra el asiento en contaduría, con recargo no despreciable, es preciso hacer unas colas... que yo no haría por todos los bandidos generosos de la España romántica.

* *

Un diario parisiense publica una caricatura; los males que afligen al pobre: el hambre, el alcohol, el embargo, la fecundidad..., y al pie, un automóvil hecho trizas, y esta leyenda: «Pero el rico tiene el automóvil.» En efecto, estos días andan sueltos los diablos del automovilismo. Y su parte diabólica hay en el asunto; de antiguo sabemos que el diablo es muy expeditivo, y para decir de alguien que va aprisa, decimos que va «como alma que lleva el diablo.» Estos ricos de automóvil al canto se han propuesto suprimir las distancias. A no ser por los *records*, el automovilismo no causaría víctimas. A velocidades relativamente moderadas desaparece la mayor parte de las contingencias de peligro. Sino que justamente lo embriagador es *eso*, volar. Quitarle al automóvil el vértigo de la carrera es quitarle su chiste.

La pareja Fair había venido á París alegre, enamorada, dispuesta á gozar, á liquidar parte del trigo que les sobraba. A estas horas, en dos ataúdes, navegan con rumbo á la América del Norte los brillantes esposos. Otro automóvil acaba de lanzar sobre el camino real polvoriento una hornada de gente *chic*; tal *sportman* se rompió tres costillas, cuál se desbarató la cadera. Ayer, un perrito hizo saltar un automóvil con su tripulación, y descansando en el fondo de un precipicio se quedó el artefacto y los que iban en él. Es una moda, pero moda que demuestra hasta qué punto anda mal distribuido el dinero y qué uso absurdo hacen de él los que lo tienen á patadas. Suponed á un hombre poseedor de esa palanca magnífica, de ese *arréglalo todo* que se llama capital, y estudiad después á qué lo destina y cómo lo gasta. En vez de hacer á su alrededor dulce la vida, sólo trata de perderla pronto, de destruirse contra un árbol, un poste ó un pretil de puente. Su tesoro no le ha servido más que para estrellarse. Su riqueza le compra un instrumento de muerte. Y sus aspiraciones, en materia de goces, se reducen á ir aprisa..., aprisa..., más aprisa aún..., como en los cuentos de aventuras fantásticas ó en las angustiosas pesadillas.

* *

Y ¿qué se ve, qué partido se saca viajando así? Ninguno, sobre todo cuando, llevado á su perfección el *sport*, es el mismo archimillonario quien se encasqueta la gorra del *chauffeur* y ejerce oficio tan comprometido y arduo.

No puede el *chauffeur* distraerse un segundo. Cubiertos los ojos con recios cristales, en tensión los nervios, inclinado el cuerpo, inmóviles y juntos los pies, ocupadas y sujetas las manos, dominado el espíritu por la convicción de que un insignificante movimiento indebido acarrearía consecuencias espantosas, va el *chauffeur* á esas velocidades sobregadas de 120 y 130 por hora, atravesando como en un vértigo regiones que no ve, y que desfilan y se borran y confunden, identificadas como los colores en una rueda cromátropa. Atrás van quedando las lindas aldeas, los *chalets* enramados de viña virgen, los esbeltos campanarios, las ruinas pintorescas, los ríos de apacible curso, las florestas que convidan á reposar á la sombra, los jardines donde gustaría cortar una flor..., y el automóvil cruza, visión del infierno, engendro de calenturientas horas, capricho de locura, llevando en su seno á los judíos errantes, á los millonarios condenados, que á dere-

cha é izquierda sólo ven una confusión informe, que requeriría, para ser descrita, la pluma de Campoamor cuando retrataba en felices imágenes al tren expreso, aquel «león con melena de centellas,» á quien hoy se mira como á inválido gotoso que reniega apoyado en un bastón, y que se persigna cuando cruza el automóvil...

* *

Por segunda vez ha visitado á París el Cha de Persia. Este no es aquel Nazaredino de quien referí muchas cosas y que sucumbió bajo el puñal de un sectario babista, porque el rey de reyes se había entretenido en alumbrar las calles de Teherán con candelas que iban clavadas en el cuerpo de los afiliados á esa secta, y las candelas, al quemarse, derretían la grasa y chupaban la sangre de aquellos pobres cuerpos de creyentes. — Este es su hijo, Muzaferedino, de quien no sabemos que haya cometido crueldades parecidas; — aunque Persia está muy lejos, el poder del Cha es muy absoluto, y pudiera suceder que aquí nos chupásemos el dedo creyendo que la lección de la muerte del padre fué provechosa al hijo y sucesor.

Los periódicos parisienses, que describen día por día las ocupaciones y recogen hasta lo más insignificante de la estancia del Cha, notan unánimes que el rostro del poderosísimo soberano está velado por una nube de honda y singular tristeza. — Las filosofías que esto sugiere pertenecen al género barato, y creo que pueden hacer juego con las que acaban de dictarme los automóviles. A Muzaferedino no le falta en este mundo sino sarna que rascar, como dirían nuestros abuelos. Saciado está de goces de todo género, y es posible que su mala salud no se deba sino á hartazgos de miel. De su hacienda privada, que debe de formar un solo cuerpo con la hacienda pública de Persia, sólo podré decir que el soberano sacó para la vueltecita que está dando diez millones de francos, pico redondo, y al llegar á la capital de Francia ya casi nada le resta: tendrá que hacer otro giro... Y no obstante, y á pesar del respeto fanático que le rodea y de la acogida más que cordial que Francia le tributa, sus ojos revelan, al unánime decir de la prensa, tristeza infinita, inconsolable...

* *

Ha sido detenido, juzgado y sentenciado á quince días de arresto un trovador. Sí, un trovador; aunque la palabra disuene. Los trovadores, troveros y juglares eran, como nadie ignora, gentes que iban de casa en casa y de plazuela en plazuela y calle en calle, recitando ó cantando al laúd poesías, satíricas á veces; con esta industria y habilidad se sostenían. Aquí les recibían bien, acullá les soltaban los perros..., pero echarles á la cárcel no era costumbre, á menos que algún poderoso señor se ofendiese de sus chirigotas ó se celase de los atractivos que su canto revestía para la castellana. — El trovador de París era (y es, pues no le han guillotinado) un pobre diablo que vivía de la muy inofensiva y hasta simpática industria de improvisar (trovar) coplas y cantares en la vía pública, sobre asuntos de actualidad palpitante: el timo Humbert, la catástrofe Fair, el cierre de escuelas congregacionistas... Quién le soltaba un sueldo, quién dos, quién veinte; y no hacía mal á nadie, ni molestaba siquiera. Cuando le interrogaron, el pobre diablo dijo cosas sensatas. «Cada cual tiene su modo de vivir y su profesión. No soy un vago: soy un poeta. ¿Es que se prohíbe la inspiración? ¿Puede saberse de qué vivía Víctor Hugo? De sus versos. Yo, de los míos. No me parece justa tanta benevolencia para él y tanto rigor para mí. Déjeseme, pardiez, versificar, y si los ciudadanos gustan de mi musa y la premian con unas monedillas, no se me trate como á los malhechores.»

Y á mi ver decía verdad el jilguero de encrucijada. Eso no es mendigar. Este hijo de Apolo ni siquiera tendía la mano como su colega de la Edad Media, que repetía plañideramente: *Dade al de Villсандino*. A cada paso, en el bulevar, encontramos mercaderes ambulantes; venden cortaplumas, cabos de pluma, conejitos que saltan y brincan, agendas, el diablo... ¿Por qué no ha de comer el que, incapaz de pregonar baratijas de hueso y palo, pregona las chucherías del pensamiento y rima los sucesos y las preocupaciones diarias de París?

Y si á ese le prenden, ¿qué guardan para los apaches y demás tatuados que tanto gusto dan á las altas horas en los bulevares exteriores?

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EN PARÍS

Ayer asistí á la función del teatro de la *Comedia francesa*. Se representaba *Hernani*, que, como ustedes ven, es toda una novedad. Más añejos son, sin embargo, Corneille, Racine, Regnard y Molière que Víctor Hugo, y sin embargo estos trágicos y cómicos pelucones parecen muchachos de la escuela al lado del autor de *Hernani*. Ciertos dramas de Hugo han enraizado menos y conservan su aureola: *verbigracia*, *Ruy Blas*, *Marion Delorme*; pero *Hernani*, visto desde nuestro siglo xx, aparece por demás absurdo y descabellado. No extraño la indignación de los clásicos. Había para darse al diablo viendo aplaudir y celebrar, en concepto de programa de una escuela nueva y triunfante, esa obra sin pies ni cabeza.

Lo peor de *Hernani* es que los personajes no parecen locos, sino, muy á menudo, tontos; dejan perder las ocasiones y toda la fuerza se les va por la boca. Hernani, desde el primer acto, anuncia que Carlos V se las pagará y que le ha de dar muerte; se pasa cuatro actos pudiendo ejecutarlo y nunca lo ejecuta. Carlos V se pasa los mismos enamorado de D.^a Sol, raptándola, y D.^a Sol defendiéndose del tirano con un puñalito que sale á relucir sin interrupción en trances críticos. Carlos V habla sin cortesía, de un modo impertinente y altanero, impropio de tan gran señor; Silva es una especie de esfinge; y su papel, desairadísimo, casi ridículo, mientras á su presencia se envenenan los recién casados. Hay monólogos interminables y diálogos imposibles. Hay frases que son ingenuas con vistas á la bobería. Y entre col y col, hay rasgos geniales y escenas sabrosas.

* *

De la representación podría decir mucho y no todo bueno. Desde luego, la compañía española Guerrero-Mendoza tiene mejor vestuario y atrezzo del que aquí veo que emplean para el teatro de Hugo. No me persuado de que incurrirían en tan chocantes impropiedades como la de presentar, en el primer acto de *Hernani*, candeleros con arandelas de cristal, que parecen compradas ayer en los almacenes del *Louvre*, y con bujías esteáricas. Tampoco está bien que cuando Hernani revuelve el cofrecillo de los regalos de boda de D.^a Sol, lleno de «perlas y brillantes,» según él mismo dice, salgan del tal cofrecillo unas sargas de coral falso y de vidrio azul, de las que se venden en las ferias de aldea. No es verosímil que D.^a Sol, el día de su enlace, vista un traje que parece que fregó la cocina. Menudencias..., bueno; todo lo menudencias que ustedes gusten. ¿No ha de diferenciarse en absoluto el *Hernani* de París del *Hernani* que pudiera representar en Villaoscura una compañía de la legua?

Ni me cautivaron los actores. *Silva* tiene tipo de honrado tendero: fáltale lo único que hace disculpable al figurón de Silva: la dignidad, el aire de gran señor. D.^a Sol es tan flaca, tan feíta, y tan desgreñada se presenta, que sube de punto la inverosimi-